

Pensar la Modernidad

Invierno - Primavera 2025 / 3° Entrega

La salida del indio

RODOLFO KUSCH

En Buenos Aires siempre queremos andar bien con *la gente*. Por eso siempre tratamos de mantener un comportamiento armónico, ya lo dijimos. Cuidamos esmeradamente no decir una palabra demás, ni exagerar los gestos, ni gritar y menos insultar. Hasta procuramos equilibrar nuestro aspecto y cuidamos el traje, combinamos bien el color de la corbata con el de la camisa, nos peinamos sin exagerar mayormente la onda del pelo y siempre nos afeitamos. Evidentemente, tratamos de que nunca se rompa ni el equilibrio de nuestro aspecto físico ni el de nuestro carácter, cuando tratamos con el prójimo.

Pero esto tiene su límite. A veces las situaciones pueden ser francamente desfavorables y entonces las modificamos bruscamente con una palabra o con un gesto. Y en ese momento, alguien, un observador sereno, dirá por nosotros: *Le salió el indio*.

Esto del *indio* es curioso. Porque nada tenemos que ver con él. Por ningún lado vemos indios, ni siquiera en nuestro pasado histórico, ya que nuestra nacionalidad, como nos han enseñado, se hizo desplazando al indio. Mucho más simpático nos resulta el gaucho, quien, también según nuestros manuales, se confabula con nuestra historia, para dar este país que ahora tenemos, con su Buenos Aires y el resto.

Pero un día compramos una heladera eléctrica y viene un vecino y se dispone a revisarla. Toleramos con paciencia la intromisión del otro. Pero nos molesta que alguien ajeno a la casa se tome confianza. Nuestra casa, lo vimos, donde está la *vieja* o la familia, es *sagrada pa' mí*. Y cuando vemos que las manos del mismo desarman alguna parte delicada del aparato, entonces, súbitamente, lo sacamos a empujones de nuestra casa, diciendo: "Mándese a mudar. A esta heladera no la toca". ¿Por qué? ¿También es *sagrada* igual que la *vieja*? En parte. ¿Y qué pasó? Pues que *nos salió el indio*,

precisamente para defender algo que es casi *sagrado pa' mí*. ¿Será entonces que escondemos adentro un *indio* que entra en funcionamiento para imponer o dictaminar lo que es *sagrado pa' mí*? ¿Y por qué? Seguramente porque en este siglo XX nos han enseñado, ya con las primeras letras, que no hay cosas *sagradas*, y como nosotros, en los más íntimo no creemos en ese escamoteo, entonces nos hemos inventado un *indio* que atrapa afuera, y siempre por la fuerza, las cosas *sagradas pa' mí*, aunque se trate de una heladera.

Pero tenemos otra expresión que complementa a la anterior. Es la que se refiere a *un andar como bola sin manija*, en el sentido de andar perdido, sin control y sin saber qué hacer. La *manija* en cuestión es la pequeña bola, con la cual se manejaban las otras dos, más grandes, de las boleadoras indígenas. Pero en el lenguaje actual, significa además un utensilio insertado a veces en una rueda y del cual depende el funcionamiento de una máquina. Entonces *andar como bola sin manija* significa andar sin un centro que sirva de referencia y causa motriz.

¿Y no será que aquello de *salir el indio*, se refiere a tomar la *manija* de una situación, de imponer un centro en el mundo de afuera, pero vinculado estrechamente a eso que llevamos adentro, con las *cosas sagradas pa' mí*? Precisamente, cuando eché a mi vecino, porque éste estaba manoseando mi heladera recién comprada, no hice otra cosa que retomar la *manija* de la situación, imponiendo mi propio centro en ese pequeño y mísero reino *pa' mí*, lleno de cosas *sagradas*, cuyo límite va de la pared medianera del fondo, hasta la puerta cancel, y en el cual están los muebles, el televisor, la heladera, mi mujer, mis hijos, el perro, y, por sobre todo, mi *vieja*.

Indudablemente en esa *salida del indio*, no se trata del indio histórico, sino de una referencia a una fuerza que empuja, desde muy adentro de nosotros, quizá del inconsciente mismo, para irrumpir súbitamente afuera, y mostrar al fin lo que siempre quisimos hacer notar. *Indio*, en ese sentido, se asocia a fuerza bárbara ignota, que modifica cualquier reserva o pulcritud que pretendamos mantener ante el prójimo. Es, en suma, el símbolo de una salida brusca desde nuestra interioridad hacia el mundo de afuera.

¿Y de dónde proviene esta urgencia de salir con brusquedad para liberar fuerzas, casi como si el agua rebasara un dique e inundara un valle? Porque el indio histórico, según parece, nunca tuvo que salir de sí mismo, sino que siempre se daba afuera. Ahí

encontraba en algún árbol, en alguna piedra, o en alguna montaña, un vestigio de algún mundo sagrado que le servía para ganar la seguridad en sí mismo.

Pero un árbol, una piedra o una montaña son para nosotros, simples objetos, los cuales, de ninguna manera, estarán vinculados con el mundo sagrado. Es peor, no creemos que haya en el mundo nada sagrado, porque un árbol servirá para hacer leña, una piedra para hacer casas y una montaña para hacer alpinismo. Y sólo hay cosas *sagradas*, pero únicamente *pa' mí* y siempre a espaldas de los ocho millones de habitantes de Buenos Aires.

La diferencia es clara. El indio encontraba, en cualquier punto del mundo exterior, algo que le hacía sentir que él estaba en la morada de los dioses. Nosotros, en cambio, hemos reducido ese mundo apenas a las cuatro cosas que tenemos en casa, y aun en éste debemos imponer toda la fuerza para tornarlo sagrado. Mientras al indio nada costaba creer que en el árbol subían y bajaban los dioses, nosotros en cambio no sólo lo convertimos en leña, sino que además no creemos que los dioses se anden columpiando en él. Por otra parte, pensamos, que el indio siempre tenía que pedir a los dioses su pan y su vida, nosotros no pedimos ni pan ni vida, sino que compramos. Siempre habrá una moneda con la cual podamos salir del paso, aquí en Buenos Aires.

Pero hay más. El indio no se resignaba a ver únicamente cómo se descolgaban los dioses de los arbolitos, sino que también dividía su imperio en cuatro zonas y situaba en el centro la ciudad-ombligo, a través de la cual se mantenía en contacto con la divinidad mayor. Además todos los caminos y todos los ríos y todas las montañas decían algo al hombre, y el hombre ante ellos decía algo a los dioses.

¿Y nosotros? Pues ahí andamos mirando las fotografías de algún familiar en nuestra casa, o alguna estampa religiosa, algún recuerdo traído de algún viaje. Y nada más. Más allá todo es profano. Porque afuera, el mundo está vacío. En vez de los dioses están las cosas, y con éstas ya no se habla, sino que se las compra. Así compramos también con el turismo la posibilidad de ver un río o una montaña. Así compramos nuestra respetabilidad y así compramos el traje nuevo para no andar rotos.

Indudablemente el indio tira un pedazo de su humanidad afuera y le llama sagrado, mientras que nosotros convertimos eso que está afuera en un pozo, pero con una rígida estantería, ordenada a la manera de un comercio chico, con todo clasificado, y donde

nada tiene algo que ver con nosotros, a no ser que tengamos dinero para comprarlo. Así lo exige el siglo XX y ese es el sentido de la civilización, una herencia de la enciclopedia francesa.

Pero nos *sale el indio*. ¿Para qué? ¿Será para contrariar este siglo XX? ¿Será para restituir afuera en el mundo exterior nuestro propio recinto *sagrado*, sólo para ver a los dioses columpiarse en los árboles?

Porque ¿qué decimos cuando usamos el término *canchero*? ¿*Canchero* en dónde? No será en la cancha de fútbol, sino en la *cancha sagrada*, como si uno extendiera el recinto sagrado de su *pa' mí* hacia fuera, casi a la manera de una cancha de fútbol, pero de un club que es uno mismo, mejor aún, uno mismo convertido en empresario de espectáculos futbolísticos para mostrar su capacidad de *gambetear* la vida, y de mover la admiración del prójimo, pero reducido éste a simple *mersa* o *grasa*, del cual uno se compadece con aquello de *pobre de él*. *Canchero* significa aventurarse a dominar el mundo exterior, pero con el fin de *encandilarlos* o *dejarlos locos* a todos, casi como si uno se vengara de la *gente*.

Siendo así, no cabe duda que no sólo nos *sale el indio*, sino que también hacemos como él. Porque qué manera de tirar trozos de la propia humanidad afuera, de babosear el duro mundo con todo lo viviente que uno es, y hasta con ciertas ganas, bastante sospechosas, de ver afuera también –como lo veía el indio– un imperio de cuatro zonas y un centro siempre accesible, aunque sólo se llame barrio norte y barrio sur y un Centro poblado de cines y mujeres bien vestidas.

Pero es inútil. Aunque nos *salga el indio*, aunque nos hagamos los *cancheros*, en nuestro siglo XX apenas pasaremos de poner míseramente nuestra heladera, *sagrada pa' mí*, en el patio, para que el vecino se muera de envidia al ver nuestra *cancha sagrada*, nuestro *pa' mí* enriquecido con las cuatro cosas que conseguimos a fuerza de créditos en nuestra buena ciudad. Nunca nos saldrá un imperio de cuatro zonas, sino apenas un *indio* que no somos, y al cual en el fondo tenemos miedo y asco, pero con el cual, querramos o no, estamos comprometidos.

Pero aun así se trata de una humanidad que se nos *sale* míseramente con el *indio* para imponer una verdad. Una humanidad que en definitiva fuimos escondiendo para ganar nuestro buen lugarcito en la ciudad. El siglo XX es el siglo de las grandes ciudades, y

éstas siempre se formaron tapando una humanidad que, al fin, sale en forma de *indio*. Y no es difícil pensar que también al neoyorquino o al parisiense le podría *salir el indio*. Cuántos andarán como *bola sin manija* en Nueva York y en París, y querrían tomar la *manija* de una situación y poner su propio centro afuera y que no sea sólo el Centro de los cines y las mujeres bien vestidas. Se trata, en suma, de que salga un margen de vida que ha quedado en receso, y que busca, en alguna manera, integrarse con esa otra vida que se gasta afuera. Y lo *sagrado* es, en fin, eso que los *otros* no ven y que es *pa' mí* porque está oculto. Seguramente debe haber una ley, como de compensación, según la cual siempre tendrá que *salir el indio* para echar a algún vecino en cualquier lugar del mundo.

Porque ¿qué hizo Napoleón cuando ocupó a Europa? Qué manera de salir esa vida en receso, ese *indio* a Francia e imponer la *cancha sagrada* perentoriamente. Y pensar que todo esto era para ver todo otra vez como *sagrado pa' mí*, pero un *pa' mí* francés con su centro en la Ciudad Luz.

Ya lo dijo Hegel, la historia restablece la pura vida de los individuos. En este sentido qué porteña parece la historia universal. Todos con su *indio* salido, porque se ahogaba el *pa' mí*, acorralado en un mundo vacío, lleno de estanterías, sin dioses, ni árboles que les sirvieran para atar el columpio.

Se trata al fin de cuentas de la grandiosidad y de la miseria de ser hombres, aunque se llamen Napoleón o porteños, ambos poniendo un poco grotescamente la heladera en el patio para que venga el vecino, y tengan, después, que *sacar el indio* para echarlo.

Pero lo curioso es que siempre se encierre al *indio* o se simule ser un *canchero*. ¿Tendrán algo que ver en esto las heladeras? Al fin y al cabo Gardel no las tenía y qué bien *le salía el indio* y con qué *cancha*. El juntaba *indio* y *cancha*. Realmente, si Napoleón lo hubiera conocido, quizá habría hecho otras cosas allá en Europa.

¿Decimos una gran herejía? De ningún modo. Porque no podríamos vivir si no contamináramos, a lo *indio*, la realidad, o la ciudad o la historia o la simple pared que vemos delante, con la vida que llevamos adentro. Vestimos un poco el mundo cuando vemos a Napoleón como un simple vecino que rezonga porque le tiramos la basura por sobre la pared medianera. ¿No es ese el mecanismo real de toda vida? Ya lo dijimos, la salida de nuestro recinto sagrado del *pa' mí*, no consiste sino en babosear lo que está

afuera. Lástima grande que nuestra forma de babosear nunca coincida, por ejemplo, con lo que todos debemos pensar de Napoleón.

Pero seguimos en la brecha. Debe ser obra del *indio* que *se nos sale* a pasear a pesar nuestro, y lo hace para buscar *cosas sagradas*. Gracias a él escamoteamos a los otros la ciudad, la historia y nuestro folklore ciudadano, para crearnos un Buenos Aires y una historia *pa' mí*, y una épica de ese mismo *pa' mí* a través del fútbol, el tango y el Martín Fierro.

Del libro DE LA MALA VIDA PORTEÑA (A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires/1966)